

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN  
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO  
Idem atrasado, 30.

Á CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



QUISICOSAS

Dice el párroco Morquecho  
—lo cual me produce risa—  
que al infierno va derecho  
todo aquel que no oye misa.  
Si es cierto, lector amigo,  
lo que asegura ese cura  
y crees lo que yo te digo  
es sólo la verdad pura,  
puedes sin miedo afirmar  
aun ante los más sesudos,  
que el infierno debe estar  
[plagado de sordo-mudos]

MIGUEL DE SILES CABRERA.

—¿Sabes lo que Weyler quiere?  
—¿Que no haya tanta milicia?  
—Lo que quiere es que las Cortes  
aprueben más que de prisa  
el aumento de doscientos  
ocho generales.

—Mira,  
yo le daba gusto á Weyler,  
con la condición precisa  
de recuperar al punto  
nuestras colonias perdidas.

VICENTE RUBIO.

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID....	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR  
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »
EXTRANJERO...	» año..... 15 »

¿UN FANÁTICO?

La sala estaba de bote en bote. El calor era insostenible, faltaba el aire á los pulmones. La muchedumbre había invadido el recinto en medio de un espantoso tumulto, arrollando á los ujieres y desobedeciendo á los guardias. En todos los semblantes se reflejaba una emoción profunda, mezcla de horror y curiosidad. Es que la causa que debía fallarse aquel día era un proceso extraordinario, tal como registran pocos los anales de la delincuencia.

Tratábase de una especie de fiera humana acusada de haber cometido, en un corto espacio de tiempo, un sinnúmero de infanticidios. El monstruo solía elegir con preferencia sus víctimas entre los niños más pequeños. Para atraerlos, servíase de las más infernales astucias; pero cuando éstas no bastaban, no vacilaba en apelar á la violencia. Más de un niño fué arrancado bruscamente de los brazos de su madre y encontrado luego estrangulado en el monte ó ahogado en el río. Ningún motivo determinante, odio, venganza, interés, podía explicar estos delitos. El asesino parecía obedecer á una especie de diletantismo del crimen.

La comarca estaba aterrada. El número de niños sacrificados aumentaba de día en día. No hubiera hecho más estragos en la infancia una diputación provincial. Vanos eran los esfuerzos de la policía. El delincuente burlaba la ley como una empresa arrendataria. Al fin fué cogido *in fraganti* en el momento en que estrellaba contra un muro á una pobre criatura de pocos meses. Trabajo costó á los guardias librar al miserable de las iras del pueblo, que quería tomarse la justicia por su mano. Así no es maravilla fuese tan grande la ansiedad pública el día en que iba á fallarse aquel proceso sin ejemplo.

Tras larga prueba testifical, cuyos incidentes llevaron á su colmo el horror, tocó al fiscal usar de la palabra. La tarea del representante de la ley era difícil de puro llana. La acusación estaba hecha; pero cuánto no había que esforzar la elocuencia para constituirse en fiel intérprete de la indignación general. El fiscal lo logró. Severo, sobrio, implacable, supo en pocas palabras expresar lo que todos sentían. La emoción pública llegó á su colmo cuando el órgano del ministerio público, encarándose con el reo, exclamó, en un vehemente apóstrofo: —¿De qué especie de substancia estará hecho el corazón de este hombre, cuya piedad no han bastado á mover ni los encantos de la infancia ni la desesperación de las madres? Los más grandes criminales de que se conserva memoria, cuantos mataron por pasión, por odio, por codicia, por cálculo, son santos comparados con él. Jamás la justicia humana habrá descargado sus iras sobre cabeza más culpable. Jamás la muerte habrá libertado á la humanidad de mayor vergüenza.

Aún no extinguidos los murmullos de admiración que la fogosa elocuencia del fiscal había suscitado en el concurso, hubo de comenzar el defensor su labor ingrata. El abogado estuvo admirable de habilidad. Lejos de buscar atenuantes y excusas, encareció y puso en su punto la enormidad del crimen. Era cierto, pero increíble. La perversidad humana no llegaba á tanto. Aquel hombre que se sentaba en el banquillo no era un delincuente, era un loco; loco de corazón, enfermo del sentimiento, de-

mente de la voluntad. Y habló de esa siniestra dolencia, de esa horrible neurosis patentizada hoy por la ciencia, que, dejando intactas las facultades mentales, arrastra al delito con inconsciente, irresistible empuje. Recordó las reglas de la moderna criminología iniciada por Lombroso. Apelo á la psiquiatría en busca de casos y ejemplos. Hizo patente esa reminiscencia de la bestia humana que, dormida en el alma de los más, despierta en la de algunos desgraciados con su redomable y bárbaro instinto de violencia y destrucción. —«No importa—dijo—que los peritos médicos hayan declarado al reo sano de espíritu y plenamente responsable: la propia monstruosidad de los crímenes está ahí proclamando á voces la demencia y la irresponsabilidad de su autor.»

Cuando el presidente hubo preguntado al reo, según la fórmula consagrada, si tenía algo que alegar en su defensa, el acusado se puso en pie. Era un hombrecillo seco, escuálido, apergaminado, amarillento, de rostro impasible y de expresión ascética. Los inquisidores deben haber sido así. Comenzó á hablar en voz baja, casi ininteligible, que poco á poco fué creciendo hasta adquirir las sonoridades de la elocuencia.

—Estaba resuelto á callar—dijo—; mas las execraciones de que soy objeto, la ciega cólera de esa extraviada muchedumbre, me obligan á romper el silencio. No niego ninguno de los crímenes que se me imputan; pero afirmo haber cometido todos ellos por convicción, por principio, por sentimiento del deber, por espíritu de sacrificio. Si fuera capaz de gloriarme de algo, me gloriaría de esos que llamáis mis delitos.

Un tumulto indescriptible siguió á esta cínica declaración. Crispados los puños, centelleantes los ojos, todos los circunstantes increpaban al audaz malvado. Poco faltó para que la sala fuese teatro de un homicidio, perpetrado por la justicia popular. A duras penas, y después de muchos esfuerzos, logró el presidente restablecer el orden, amenazando al público con hacer despejar el recinto.

—Se me acusa de infanticida—siguió diciendo aquel hombre singular, apenas pudo hacer oír su voz—. Es verdad. He matado muchos niños; tantos como pude matar. Los he matado sin odio, sin rencor; por cariño, por caridad. Sin mis esos niños se habrían hecho adultos, sujetos á la pasión, á la tentación, al pecado. ¿Sabéis el destino que les aguardaba? Escrito está: «Muchos son los llamados; pocos los elegidos». La condenación eterna hubiera sido la suerte de casi todas esas desventuradas criaturas. ¡Y vosotros, cristianos, me execráis y maldecís porque he poblado el cielo de ángeles!

Si para ello infringí la ley de Dios y de los hombres, ha sido por abnegación. He entregado mi cuello al verdugo; he puesto en riesgo mi salvación eterna por obtener la de esos pequeñuelos, á quienes consideráis como mis víctimas. Ellos desde el cielo me juzgarán de otra manera. Nada espero de la justicia de los hombres; pero confío en la justicia de Dios, que no ha de recompensar el más grande de los sacrificios con penas eternas.

Me culpáis de ser insensible á los atractivos inocentes de la infancia y al llanto desgarrador de las madres. ¿Es que todo sentimiento humano no debe callar ante la voz del deber que clama de lo alto? ¿No glorificáis á la virgen, que impulsada por santa vocación abandona á los padres, reniega de la ma-

ternidad y se sepulta viva en la tumba prematura del claustro? ¡Insensatos! Arrastrados por la concupiscencia engendráis hijos sabiendo por palabra revelada que los más de ellos están destinados, tras breve existencia terrena de afanes y dolores, á una eternidad de tormentos. ¡Y me tenéis por infame, malvado y monstruo del Averno porque he intentado deshacer esa vuestra obra de iniquidad y perdición!

Condenadme si os atrevéis; pero sabed que en mí condenáis la lógica. Conozco bien el vocabulario de vuestro hipócrita lenguaje. Vosotros apellidáis loco al que saca las consecuencias de los principios que decís profesar, y fanático á aquel que no rinde culto á los sofismas de la conciencia ni se detiene ante las mentiras de una falsa piedad. Sea yo loco y fanático y malvado á vuestros ojos. Nada me importa vuestra opinión. Moriré gustoso en el patíbulo, mártir de la entereza de mi fe.

Hondo silencio siguió á este singular alegato. Con voz y ánimo turbados, hizo el presidente el obligado resumen. Retiróse el jurado á deliberar, y á poco se leyó el veredicto. Era de inculpabilidad. El tribunal de derecho dictó en su vista sentencia absolutoria, sin que el fiscal tuviese alientos para solicitar la revisión de la causa por un nuevo jurado. Y toda aquella multitud, antes tan agitada y turbulenta, se retiró silenciosa y pensativa sin un grito ni una protesta.

¿Y cómo no? Ciertamente que aquel hombre había dado muerte á una infinidad de criaturas; pero lo hizo con la mejor intención.

ALFREDO CALDERÓN.

EL BAILE Y LA NOVENA

CUENTO

—Miren ustedes—nos decía la marquesa después de un almuerzo suculento que habíamos saboreado en las *evre* del jardín—, yo á mis hijas las dejo cierta libertad, pues estoy convencida de que la libertad prudente es mejor guardadora de las muchachas que todas las precauciones. Y esto lo sé por experiencia propia.

—Pues, ¿cómo—dijo no sé quién.

—Por lo que van ustedes á oír.

Mi madre me tuvo siempre sumamente sujeta y encerrada. Raras veces me llevaba al teatro, y eso después de haber preguntado á alguna persona que la mereciera entero crédito si en las funciones que habíamos de ver se atentaba en lo más mínimo á la moral y las costumbres.

A bailes y reuniones no me llevaba nunca, pues decía que eran verdaderas invenciones del demonio para pervertir á la juventud.

Nuestras salidas de casa eran casi siempre para ir á la iglesia. ¡Me di un atracón de novenas, triduos y solemnidades!

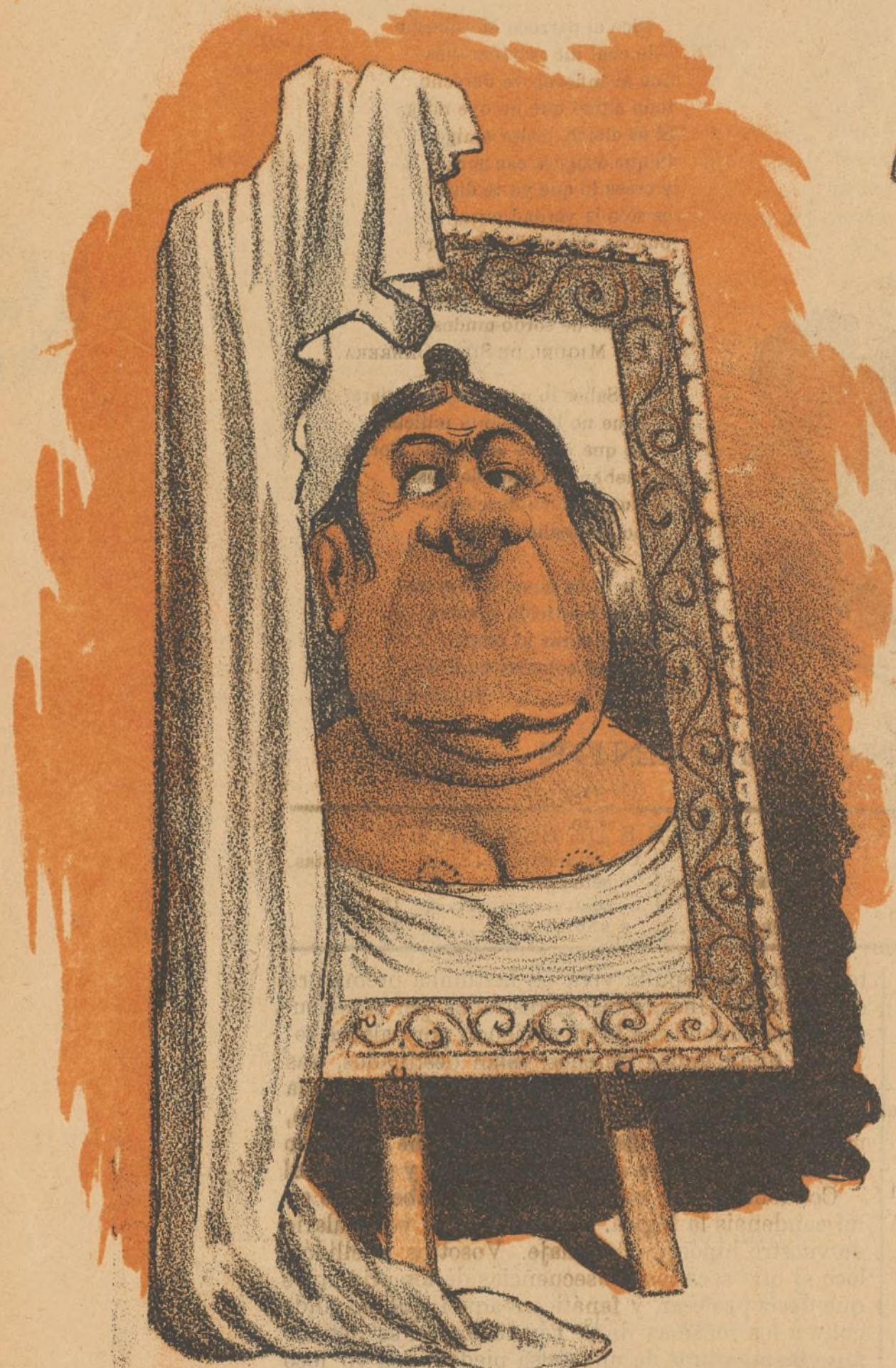
Sobre todo no perdíamos ninguno de los sermones que predicaban los jesuitas. Yo me aburría soberanamente, pues siempre he respetado la religión; pero no he podido con esas oraciones que se hacen á coro, con voz de nariz y compás.

Los sermones de los jesuitas, que á mi madre la entusiasmaban, por más que frecuentemente al terminarse la tenía que despertar para irnos á casa, á mí me parecían un conjunto de vulgaridades y fanatismos.

Muchas veces me pregunté entonces: —¿Por qué



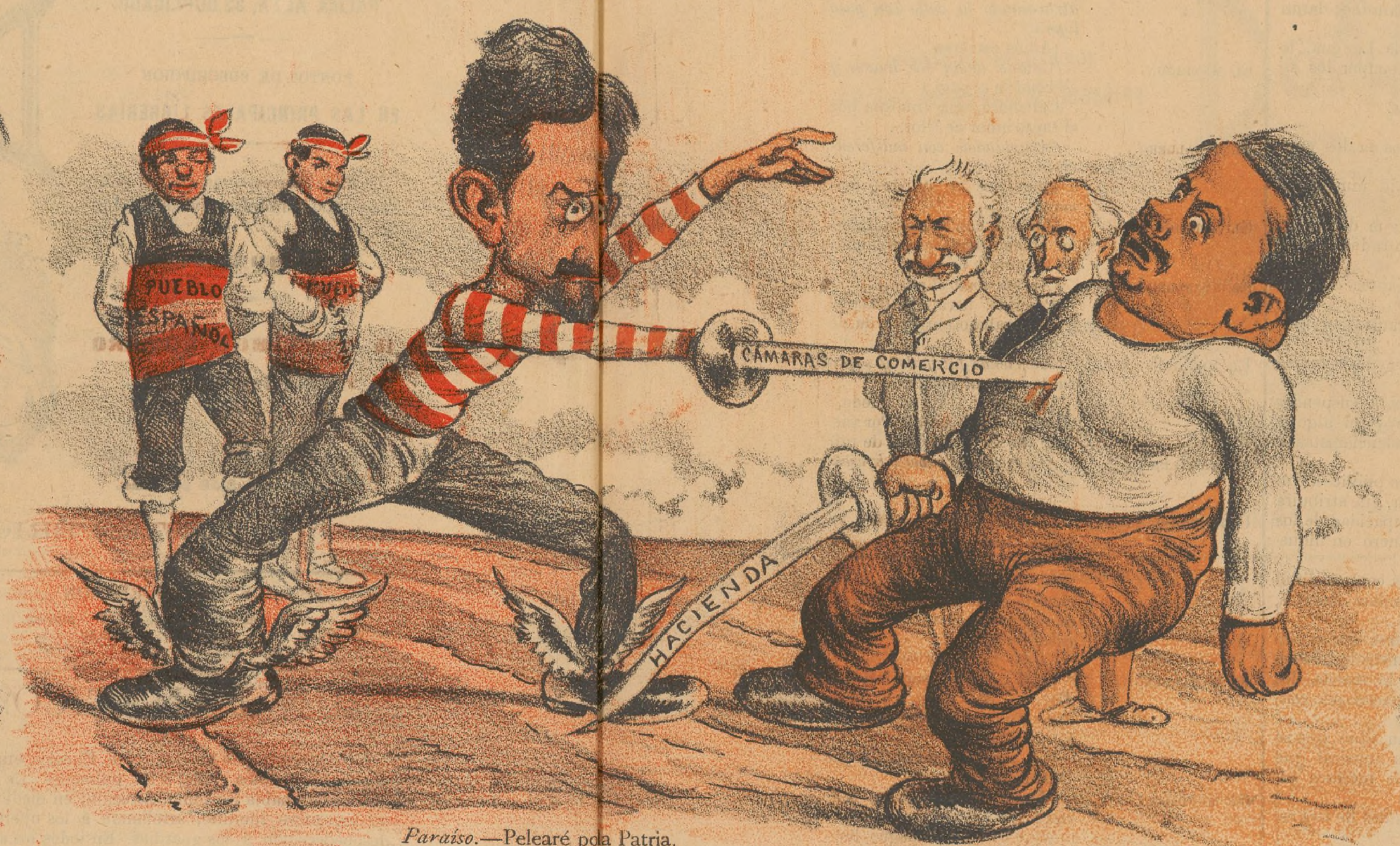
# DON QUIJOTE



Retrato de doña Regeneración.  
(Atribuido á Silvela.)



El suicidio de Villaverde.



Paraíso.—Pelearé por la Patria.  
Villaverde.—Pelearé por la Hacienda.



[Tomen ustedes independencia]



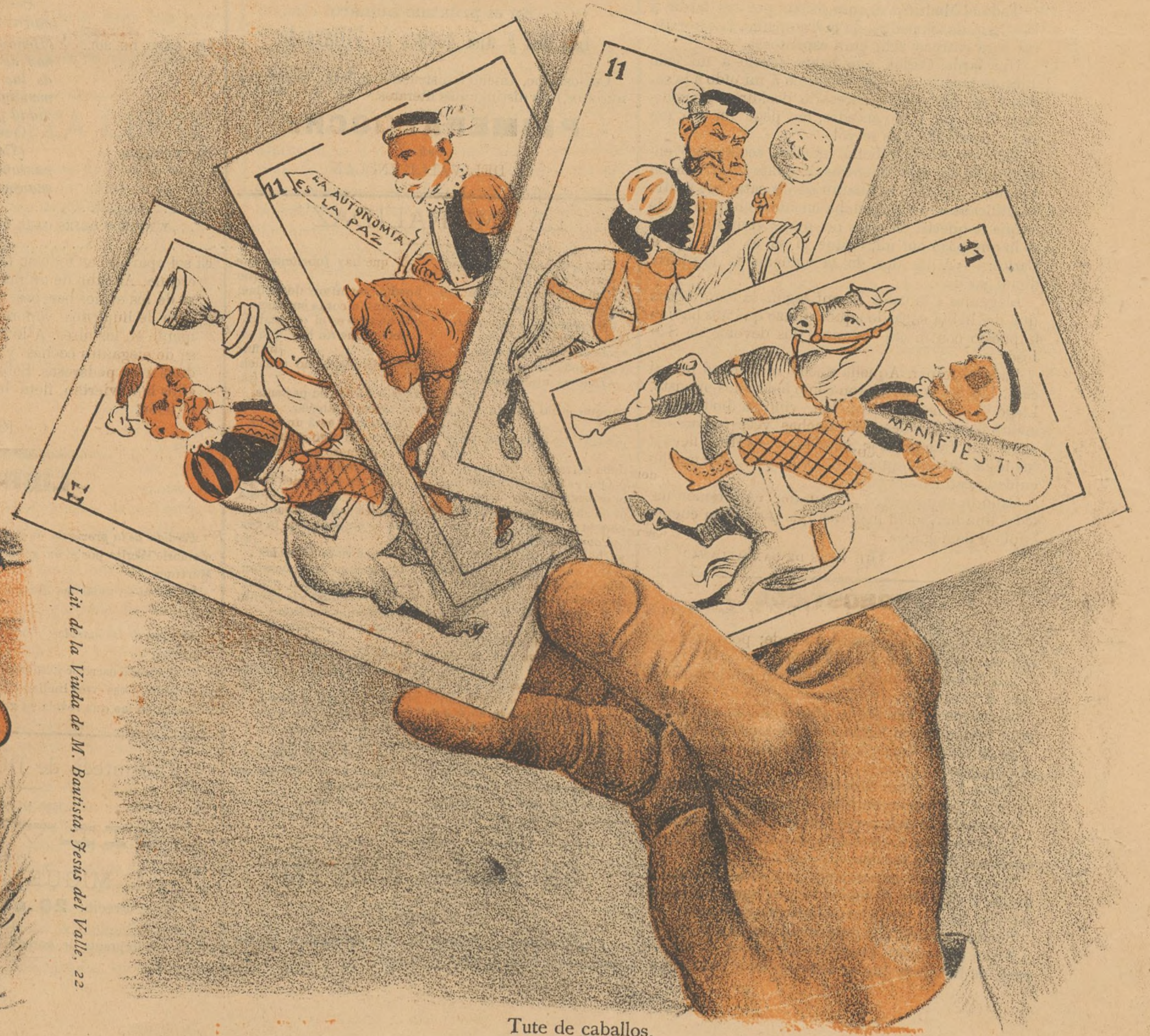
El placer que más me agrada:  
el placer de no hacer nada.



¿Quién ahogará á quién?



¡Y cómo crece la hierba  
con este viento Sudeste!



Tute de caballos.



tendrán estos padres fama de sabios é inteligentes, siendo tan vulgarotes é ignorantes?

¡Si vieran ustedes qué sermones tuve que sopor-tar! El milagro que hizo San Roque, logrando que no se acabara nunca el vino de una tinaja; el de San Blas, haciendo que un mudo pronunciara un discurso lleno de verbosidad y elocuencia; y cosas por el estilo.

En esto llegaron á Madrid unas primas mías de Sevilla, que no venían más que á divertirse, y pa-raban en casa.

¡Figúrense ustedes qué conflicto para mi madre! Es de advertir que ya entonces tenía yo relacio-nes con Carlos.

Pasábamos los grandes ratos para escribirnos y hablarnos. Carlos estaba furioso con las intransi-gencias de mi madre y su sistemática y decidida oposición á que yo tuviera novio, á pesar de haber cumplido los veinticinco años.

Habíamos pensado muchas veces en escaparnos; pero á mí me detenía el temor al qué dirán y á dis-gustar á aquella pobre señora, buenísima, aunque equivocada.

Llegaron, pues, las primas, y lo primero de que hablaron fué de ir á un baile de máscaras que daba en el Real la Asociación de escritores y artistas.

—Hay que ir á todo trance—decían ellas—y Pe-pita tiene que venir con nosotras.

Mi madre, que se moría por hacerse agradable á todo el mundo, y que, á fuer de aristócrata antigua, respetaba mucho los deberes de la hospitalidad, no se opuso tanto como yo esperaba, y empecé á con-fiar en que por fin vería el baile del Real.

Así fué, en efecto. Nos pusimos unos pañuelos de Manila, unas grandes cofias de linón en la cabeza y nos fuimos allá, acompañadas, por supuesto, de mi madre y dos tíos míos, personas respetabilísimas.

Carlos, avisado por mí del disfraz que llevábamos, se acercó á hablarnos; pero sólo pudo hacerlo de refilón durante brevísimos momentos.

Total: que me aburrí soberanamente, y yo misma di la señal de retirada.

Tenía un sueño horrible.

Carlos tenía un empeño loco en que usáramos al-gún recurso extremo para casarnos. Decía que de-bíamos apelar á la fuga para que la misma intransi-gencia religiosa de mi madre impusiera la boda.

Mis primas quisieron asistir también á algunas funciones religiosas. Llegó la novena de San José y los jesuitas echaron el resto en luces, arañas, flores y colgaduras.

Todo el Madrid elegante asistía por las tardes á la iglesia de los padres de la Compañía. Las apretu-ras para entrar y salir eran espantosas.

Una tarde, Carlos, que había estado á mi lado durante toda la novena, se acercó á mi oído á la sa-lida y me dijo: —«Es necesario decidirse; no pode-mos vivir así; si no accedes, me pego un tiro, me voy á América, ¡qué sé yo!»

Esto me lo había dicho muchas veces; pero en-tonces me lo dijo mientras la gente le estrechaba conmigo; percibía su aliento en mi cara; me sentía identificada con él; me daba cuenta como nunca de lo que le quería, de que no podía vivir sin él. No sé lo que pasó por mí; lo que sí sé es que dije á Carlos: —«A las dos de la mañana en la puerta de mi jardín».

Llegamos á la calle. En mí seguía la embriaguez que me había causado aquel abrazo que nos habían impuesto contra mi voluntad los devotos de San José.

Para terminar. Aquella noche me escapé de mi casa. Las cosas sucedieron como habíamos previsto. Llegó el momento del perdón, vino la boda y mi madre me decía después muchas veces cuando le conté con franqueza lo ocurrido: —«Mira, lleva á tus hijas cuando quieras al baile; pero ten mucho cuidado con las novenas».

Calló la marquesa y yo pensaba: «Ahí tienen us-tedes una narración histórica que parece un cuento impío y demagogo».

GIL BLAS DE SANTALLANA.

### PRONÓSTICOS

Caerá Silvela, no se sabe á dónde; pero caerá de cabeza... por do más pecado había.

Las Academias militares seguirán fabricando hé-roes al por mayor.

El duque de Tetuán le jugará la tostada á Sil-vela, fumándose la jefatura de los conservadores.

Se fundarán doscientos periódicos y quebrarán otros tantos.

Todos los jóvenes decadentes que tengan cuarenta duros publicarán su libro, que nadie leerá.

Los carlistas darán que hablar durante el verano. Lloraremos la muerte de tres ó cuatro estrellas ó estrellitos del arte taurino.

Pablo Iglesias pronunciará por esas provincias treinta ó cuarenta discursos de propaganda electo-ral. Con lo que será derrotada su candidatura.

Subirá Sagasta, con gran indignación general. Serán traducidas, plagiadas ó robadas la mayor parte de las obras que se estrenen en el extranjero.

Faltarán destinos para la mayor parte de los que los pretendan.

Los hombres ricos y de buena salud, se darán buena vida.

Morirán dos ó tres académicos de la Lengua, lo que ocasionará grandes luchas para ocupar los si-lloes vacantes.

Algunos catalanes pedirán gollerías.

Otros se las tomarán sin pedir las.

Habrán motines contra los consumos en los pue-blos rurales.

En el mes de Julio saldrá de Madrid muchísima gente.

Tan pronto como Sagasta se encargue del poder, disenterán de su política los reconcentrados sin car-tera.

Volverán á amenazar los comerciantes con ne-garse al pago de las contribuciones.

Se levantará la suspensión de garantías en Bar-celona y en Vizcaya.

Con tan fausto motivo, catalanistas y bizkaitarras harán alguna de las suyas.

Por lo cual el Sr. Sagasta volverá á suspender las garantías en esas dos provincias y en alguna otra donde aparezcan galleguistas, valencianistas ó burgalesistas.

Seguirán á buen precio los valores públicos, con gran satisfacción de López Puigcerver, que atribuirá el alza á sus gestiones, y no á la incapacidad de los españoles ricos para manejar su dinero en indus-trias y tráficos nuevos.

Galdós publicará tres volúmenes con exactitud cronológica. Le costarán tanto, venderá cuántos, ganará tal cosa.

Los extranjeros comprarán nuestras minas, da-rán valor á nuestros ferrocarriles, construirán fábricas, y los españoles les cargaremos la maleta, les prepararemos buena cama y acabaremos por ven-derles hasta nuestra familia.

No se publicará en España ningún libro que se comente fuera de ella, ni una estrofa musical que atravesase el Pirineo, ni un soneto que merezca es-culpirse.

En cambio se elevarán varias estatuas de una se-rie de congrios regionales.

Con lo cual, nuestra señora de la Patria seguirá virgen.

... Tan virgen de nuestro afecto.

Y terminará el siglo XIX prometiéndonos enmen-darnos durante el XX.

### En el próximo número Las mil y una noches de Villaverde.

Curiosísimo, ameno é instructivo folletín, escrito por nuestros más distinguidos literatos.

### PRIMERA NOCHE

POR  
R. DEL VALLE INCLAN

### LA "MORALIDAZ"

Hay que hacer moralidad y corregir á la gente, y luchar constantemente contra la nocturnidad.

Mi sereno, que es ameno, aunque carece de base, suele emplear esta frase, y se queda tan sereno.

Como es un hombre sen-sato, ese modo de abusar.

aunque él no vá á la Come-dia, yo creo, y será un error, pero que en algo me fundo, que lo primero en el mundo es ser moralizador.

debe cerrarse el teatro. Que es foco de corrupción el espectáculo, en parte; él no sabe lo que es arte, pero sí gobernación.

Pone algunas objeciones y, hablando, el hombre se exalta; dice que lo que hace falta es tener muchos riñones.

Y, aunque ello no venga á cuento, saca trozos de la Historia, de Narváez, que esté en glo-ria, y del poeta Memento.

—Mire usted, es la verdad que hay sujeto que habla solo si va á la cuarta de Apolo por una casualidad.

Yo, que le abro á doña Marta y á su esposo, don Tadeo, les oigo que está muy feo hablar sólo de la cuarta.

Y que hay funciones que pueden ver ni oír doncellas; que cantan cosas en ellas que aquello es el «se acabó».

Así es que no hay que ex-trañar que el Gobierno no consien-ta, vaya ó no con su parienta, ese modo de abusar.

Yo creo, y será un error, pero que en algo me fundo, que lo primero en el mundo es ser moralizador.

¿Que hay tabernas? Bueno, el vino es sano y decente.

¿Que se emborracha la gen-te? Intervengo en la ocasión y si me chilla algún punto, desnudo el chuzo y le apunto, y se acabó la cuestión.

¿Que hay juego? ¿Y hay quien se traiga manos que tiran el pego?

Pues, señor, no se va al jue-go, y si le hay, que le haiga.

¿Dónde se compararán el juego ni la bebida, con una triple vestida como la esposa de Adán?

Creame usted, eso es cieno y se moralizará si acaba el teatro á las doce y media sereno.

### UN PADRE NUESTRO

(RÁPIDA)

Calle estrecha y solitaria que desemboca en un hermoso paseo. Lluve y truena.

EL CABALLERO.

(Envolto en su elegante im-permeable. Malhumorado, y atravesando la calle con paso ligero.)

EL MENDIGO.

¡Adiós carreras! ¡Calado hasta los huesos y cerrándole el paso.)

EL CABALLERO.

Caballero, una limosna por el santo amor de Dios...

EL MENDIGO.

(Apartándole con indiferen-cia.)

EL CABALLERO.

Que Dios le ampare, her-mano...

EL MENDIGO.

Que sea con vuestra limos-na, noble caballero; me muero de hambre y de frío...

EL CABALLERO.

(Apresurando el paso.)

UN RAYO DEL CIELO.

Perdone, hermano; trabaje, que el trabajo abriga y da de comer.

EL CABALLERO.

(Corriendo fatigado y supli-cante junto al caballero.)

¡Trabajar!... Ya no puedo... ¡He trabajado tanto! Por pie-dad; ¿no se compadece de mí?

(Volviendo la cabeza brusca-mente.)

Le he di...

(Cayendo desde la altura, en medio de un formidable trueno, y dejando carbonizado á un perro que devora un magnífico trozo de carne robada. Con voz de rayo, pero que es oída por el caballero.)

...¡Ay de ti! ¡Ay de ti...

(Pálido, con voz trémula, Deteniéndose al paso y sacando apresuradamente un duro del bolsillo.)

To... me her... mano... y que Dios le ayude.

(Entre agradecido y son-riente.)

¡Que Dios se lo pague, her-mano!

EL MENDIGO.

(Entre agradecido y son-riente.)

¡Que Dios se lo pague, her-mano!

EL MENDIGO.

(Entre agradecido y son-riente.)

¡Que Dios se lo pague, her-mano!

UN RAYO DE SOL.

(Entre agradecido y son-riente.)

¡Que Dios se lo pague, her-mano!

EL MENDIGO.

(Entre agradecido y son-riente.)

¡Que Dios se lo pague, her-mano!

(Entre agradecido y son-riente.)

¡Que Dios se lo pague, her-mano!

(Entre agradecido y son-riente.)

¡Que Dios se lo pague, her-mano!

(Entre agradecido y son-riente.)

¡Que Dios se lo pague, her-mano!

(Entre agradecido y son-riente.)

¡Que Dios se lo pague, her-mano!

(Entre agradecido y son-riente.)

¡Que Dios se lo pague, her-mano!

(Entre agradecido y son-riente.)

¡Que Dios se lo pague, her-mano!

(Entre agradecido y son-riente.)

¡Que Dios se lo pague, her-mano!

(Entre agradecido y son-riente.)

¡Que Dios se lo pague, her-mano!

(Entre agradecido y son-riente.)

¡Que Dios se lo pague, her-mano!

(Entre agradecido y son-riente.)

¡Que Dios se lo pague, her-mano!

(Entre agradecido y son-riente.)

¡Que Dios se lo pague, her-mano!

(Entre agradecido y son-riente.)

¡Que Dios se lo pague, her-mano!

(Entre agradecido y son-riente.)

¡Que Dios se lo pague, her-mano!

(Entre agradecido y son-riente.)

¡Que Dios se lo pague, her-mano!

(Entre agradecido y son-riente.)

¡Que Dios se lo pague, her-mano!

(Entre agradecido y son-riente.)

¡Que Dios se lo pague, her-mano!